

EL CONFLICTO DE LAS ALFABETIZACIONES. Una lectura de *The uses of literacy* de Richard Hoggart

Yamila Heram¹, Cecilia Palacios²

Resumen

En el presente artículo nos proponemos dar cuenta de los ejes principales abordados por Richard Hoggart en *The uses of literacy* (1957), analizando en particular ciertas cuestiones que, en la actualidad, hacen del libro una obra de imprescindible lectura en el campo de las ciencias sociales y humanas. Nos referimos, específicamente, a la importancia concedida por el autor a los terrenos de la educación y la cultura, en los que ve lugares estratégicos de confronte y lucha de clases en tanto ámbitos sumamente propicios para dar una batalla cultural frente al avance y la influencia cada vez mayores que los medios masivos de comunicación van teniendo, sobre todo en los sectores populares.

Palabras clave

Alfabetización – educación – clase obrera – cambios culturales – medios masivos de comunicación.

Abstract

The aim of this article is to account for the main axes stated in Richard Hoggart's *The uses of literacy* (1957), analyzing in particular certain issues which, nowadays, make the book a piece of indispensable reading within the fields of Human and Social Sciences. We specifically refer to the importance given by the author to the fields of education and culture, in which he sees strategic places of confront and class struggle as highly propitious spaces to give cultural battle towards the advance and influence mass media are having, particularly in popular classes.

Keywords

Literacy – education – working class – cultural changes – mass media

“Los cambios en una problemática transforman significativamente la naturaleza de los interrogantes que son formuladas, las formas en que ellas son planteadas y la manera en que pueden ser adecuadamente respondidas. Semejantes cambios de perspectiva no reflejan sólo los resultados de una labor intelectual interna, sino también la manera como desarrollos históricos y transformaciones reales son apropiados por el pensamiento, y como proporcionan al pensamiento, no una garantía de “corrección”, sino sus orientaciones fundamentales, sus condiciones de existencia”.

Stuart Hall

Presentación³

Richard Hoggart es reconocido como uno de los “padres fundadores” de los Estudios Culturales (EE.CC.) británicos, junto con Raymond Williams, Edward P. Thompson y Stuart Hall. Dedicó la mayor parte de su obra al estudio de la cultura popular desde una perspectiva interdisciplinaria que combina saberes de diversos campos, tales como la sociología, la literatura y la etnografía, entre otros. Profesor de la Universidad de Birmingham entre 1962 y 1973, su labor académica es acaso conocida por haber sido el fundador y primer director del *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS), desde 1964 a 1968, cuando en su reemplazo ocupara el puesto Hall. Durante los cinco años siguientes, tomó el cargo de adjunto del director general de la UNESCO en París. A su vuelta, se desempeñó en el Goldsmith College de Londres y dio la sensación de estar algo apartado y desvinculado de las evoluciones político-intelectuales de los *Cultural Studies* de los años noventa.

Si nos remitimos a la historia de los EE.CC., ineludiblemente Hoggart tendrá un lugar destacado, no sólo por ser el fundador y director del CCCS sino por la relevancia de su libro *The uses of literacy*, publicado por primera vez en 1957. Es por este motivo que proponemos acercarnos a este clásico de los EE.CC. con la intención de sistematizar los ejes principales del libro pero también pensar cuál es la vigencia y relevancia actual del mismo. Para ello en primera instancia haremos una breve síntesis de *The uses...*, para luego centrarnos en la trayectoria del autor y de la genealogía a la que pertenece, dar cuenta de la importancia histórica de la obra y su vigencia actual, para finalmente ofrecer una evaluación personal del texto.

Síntesis del libro

La obra de Hoggart es difícil de catalogar dentro de algún tipo de género discursivo o académico. Mezcla de ensayo, análisis etnográfico y autobiografía, el libro centra su interés en el cambio cultural que ha sufrido la clase obrera inglesa, entre los años '20 y los '50. Para tal fin utiliza, como material empírico a ser analizado, diversas publicaciones masivas a partir de las cuales podrá dar cuenta de tales modificaciones. Para ponerlo en palabras del propio autor:

Mi argumento no es que hace una generación había en Inglaterra una cultura urbana 'auténticamente popular', que en la actualidad ha sido sustituida por una cultura urbana de masas, sino que los estímulos de quienes controlan los medios masivos de comunicación son ahora, por muchas razones, más insistentes, eficaces, globales y centralizados que antes; que estamos yendo hacia la creación de una cultura de masas; que los residuos de lo que era, por lo menos parcialmente, una cultura urbana popular, están siendo destruidos; y que la nueva cultura urbana de masas es en muchos aspectos menos sana que la cultura primitiva a la que intenta reemplazar. ([1957] 1990: 34-35).

Si bien es notorio que existe una influencia de la cultura masiva hacia la cultura popular, no es menos cierto que la clase obrera ha sabido conservar ciertas tradiciones, ritos, valores y creencias que aún la mantienen en parte alejada de las poderosas influencias de los productos de la industria cultural. Resulta interesante observar, entonces, en qué espacios y de qué modos estos sectores populares se resisten a ser consumidos totalmente por los efectos de la masificación cultural; cómo es que "la clase obrera aún conserva algo de esa vieja resistencia interior" (p. 26).

En cuanto al contenido específico del libro, el mismo se divide en dos partes principales. La primera se corresponde con la descripción de lo que el autor identifica como "el viejo orden", mientras que la segunda focaliza en las "nuevas tendencias" que es posible visualizar en la clase obrera inglesa durante el período mencionado.

La primera parte coincide con la explicación detallada y minuciosa de costumbres, *actitudes* (término sobre el cual problematizaremos más adelante) y modos de ser de la clase obrera. El autor centra su atención en la descripción de ciertos temas y asuntos, como por ejemplo: la composición de la familia obrera (cuál es el rol de la madre, del

padre), el vecindario (y las relaciones que el mismo fomenta o inhibe), la importancia del hogar, la relación de la cultura obrera con el arte, los valores que son más apreciados y a partir de los cuales se estructura y organiza la vida de la clase obrera (diversiones, salidas, utilización del humor y la ironía, etc.), las definiciones que dicha clase tiene sobre sí misma y sobre “los otros”, etc.

En la segunda mitad, el interés se focaliza en intentar dar cuenta de las nuevas formas que ha asumido la clase obrera, sobre todo a partir de la creciente influencia que sobre ella tiene la cultura de masas. Así, en esta parte, Hoggart realiza una suerte de “contrapunto” respecto de aquello que había sido descrito en la primera mitad. De este modo, las nuevas generaciones de esta clase diferirán, en algunas cuestiones -aunque no en otras tantas-, con aquella que la precedió. El autor observa cómo ciertos gustos, estéticas y modos de diversión continúan vigentes, mientras que se han modificado otras pautas culturales y aparecido nuevas, merced a la influencia que ha tenido la industria cultural en su conjunto.

Intentaremos ahora resumir brevemente algunos de los puntos centrales que aparecen en cada uno de los apartados. Como dijimos, existe una preocupación por describir a la clase obrera de los años '20, de la cual él formó parte y en el seno de la cual se crió y comenzó sus primeros estudios. El relato del autor, por lo tanto, se ve impregnado de múltiples impresiones personales y apreciaciones valorativas. Comienza con una pregunta: “¿Quiénes constituyen la ‘clase obrera’?”. En este breve apartado, esboza algunas líneas teórico-metodológicas para intentar acercarse a estudiar a dicha clase. Para tal fin, se pregunta si es que existe una base social homogénea a partir de la cual pueda ser delimitada; y, en todo caso, cuál sería el modo “correcto” de definirla. Desde luego que, para Hoggart, la clase está en estrecha relación con la posición que ocupan los individuos dentro de una determinada estructura social (es decir, las relaciones que mantienen con sus condiciones materiales de existencia), aunque también deben tomarse en cuenta otros múltiples indicadores que no son solamente económicos (tales como el habla, los acentos y entonaciones, los diversos dialectos urbanos, etc.) sino también superestructurales.

Desde aquí, entonces, es que podrá pensar a la clase obrera inglesa no tanto como el conjunto de individuos cuyos salarios ocupan un determinado rango⁴, sino en un sentido

más situado; es decir, contemplando otros múltiples indicadores que la definición meramente económica deja de lado. Así es que, por ende, puede estudiarse cuál ha sido la evolución (o el cambio) en las *actitudes* de la clase obrera.

La introducción de estas *actitudes* para estudiar a una determinada clase social resulta de crucial relevancia en la obra de Hoggart, y, consecuentemente, también en la trayectoria de los EE.CC. Es interesante observar de qué modo la introducción de una variable tal permite realizar una revisión de ciertos conceptos marxistas (el de clase, por ejemplo) que se ven ampliados en cuanto a su alcance teórico y permiten un análisis más contextualizado. La focalización en estas *actitudes* le permitirá al autor introducir una nueva problemática en relación con la clase: la de los *modos de vida* que caracterizan a determinados sectores sociales. Incorporando esta nueva perspectiva, Hoggart se permite estudiar a la clase obrera no ya desde sus bases puramente económicas, sino también prestando especial atención a las formas en que esa clase se experimenta y es vivida como tal⁵.

Uno de los puntos principales en los que focaliza su descripción tiene que ver con la importancia que asigna al hogar. Éste es el ámbito donde se está en familia, alejado del mundo exterior, y donde se pasa la mayor cantidad de tiempo, incluso en los momentos de ocio. Así, un buen hogar debería ser acogedor, tener “calor de hogar” y comida abundante, tres características que definirían en dónde radica la centralidad que el hogar y la familia adquieren en esta clase.

Otro tema interesante de la primera parte aparece en el capítulo “Ellos y nosotros”, en el cual Hoggart traza un panorama respecto de cuáles son las percepciones que la clase obrera tiene sobre sí misma, y de qué modo se relaciona con las demás clases (“ellos”). El universo que abarca este “ellos” está asociado principalmente con el mundo externo, que es el mundo del poder y la hostilidad. El “ellos”, entonces, aparece como un conglomerado bastante indiferenciado de individuos que pertenecen a cualquier clase social que no sea la propia. Este mundo, además, es percibido desde una constante desconfianza. Por el contrario, quienes integran el colectivo “nosotros” se encuentran unidos por lazos de solidaridad y calidez. Por otra parte, son individuos que se perciben en constante desventaja frente a “ellos”, y que por lo tanto, han sabido desarrollar, a partir de la implementación de variados recursos simbólicos como la ironía o el humor,

por ejemplo, un alto grado de autoestima o respetabilidad que les es motivo de constante orgullo.

Existen, entonces, actitudes que son y han sido propias, en términos históricos, de la clase obrera y que son las que el autor intenta indagar para ver en qué sentido estos modelos de la cultura tradicional se perpetúan (o no) en la vida de la clase obrera de la posguerra. Al respecto dirá que los cambios son siempre paulatinos y que, por lo tanto, resulta imposible hacer un diagnóstico preciso y certero. Se puede, sin embargo, imaginar algún tipo de tendencia a futuro, que es algo que estará desarrollado, básicamente, en las conclusiones finales de la obra. Lo que a Hoggart le interesa es, básicamente, realizar un diagnóstico de la situación del momento a fin de intentar pensar en los modos en que este panorama futuro pueda ser modificado.

Hemos adelantado que la segunda parte del libro se focaliza en las “nuevas actitudes” de la clase obrera. Sin embargo, es necesario hacer una salvedad respecto de qué debemos entender por “nuevas actitudes”:

La estricta división entre actitudes ‘nuevas’ y ‘viejas’ tiene el propósito fundamental de la claridad, aunque de ninguna manera indica una sucesión cronológica rígida. (...) Lo que se conoce como actitudes ‘viejas’ contienen elementos que han existido desde hace mucho tiempo; de hecho, la visión de ‘la gente común’ de cualquier generación y de cualquier lugar las incluye (...) Pero estas actitudes ‘viejas’ no se encuentran sólo entre los ancianos o la gente de edad madura: forman un telón de fondo en la vida de buena parte de la juventud. (p. 34).

Por lo tanto, la división entre ambos tipos de actitudes no remite a una dimensión estrictamente temporal o cronológica, sino a las formas que adoptan estas actitudes y que, a los fines analíticos, es necesario discriminar como “viejas” o “nuevas”. Los cambios entre ellas se dan muy gradualmente, y de diferente modo en los distintos aspectos de la vida social. La propuesta teórico-metodológica, en este segundo apartado de su obra, consiste en “considerar algunos valores típicos de la cultura moral del mundo actual y buscar en qué medida se relacionan, aunque sea de manera distorsionada, con los valores reconocidos tradicionalmente” (p. 153).

Para tal fin, se interesará por conocer qué aspectos de la cultura obrera se han modificado (y en qué sentido) y cuáles han permanecido más o menos estables. En todo el desarrollo, juegan un papel de preponderancia el lugar que Hoggart otorga a ciertos productos de la industria cultural: las publicaciones de masas y la publicidad.

Con respecto a las primeras, el autor tendrá una visión ciertamente negativa respecto del rol que han desempeñado en los sectores populares, pues han contribuido a estereotipar las emociones y a “paralizar la voluntad moral” (p. 160). Así es que “la prensa utiliza mucho el recurso de identificarse con ‘el pueblo’; organiza encuestas de opinión, publica las respuestas y los resultados, en vez de analizar lo que éstos podrían implicar, y así sustituye cualquier otro criterio de juicio” (p. 161).

Esta retirada del juicio de valor es vista como una de las mayores batallas que los sectores populares han perdido. La acción uniformadora de las industrias culturales, junto con las reales mejoras económicas que ha experimentado dicha clase, han producido una suerte de *conformismo* que tiene poco de aquel espíritu “contestatorio” que había caracterizado a la tradicional cultura popular. Así es que las clases subalternas son condescendientes con aquello que proviene de los medios de comunicación, en tanto “aceptan sin chistar cualquier estupidez y no se sublevan ni siquiera ante los actos más escandalosos que reseña la prensa” (p. 159). De este modo, el gusto mismo se ve afectado, y con él, la capacidad de reacción crítica frente a aquello que se consume⁶. Unido a ello, esta progresiva pérdida de la voluntad moral tiene, para Hoggart, nefastas consecuencias, una de las cuales es que se despolitiza el carácter mismo de la resistencia y se evitan aceptar las responsabilidades o los riesgos que conllevaría adoptar una postura contrahegemónica frente a los efectos de la masificación.

La industria cultural, por su parte, trata a los miembros de la clase obrera como si fuera necesario simplificarles el contenido de aquello que leen, y el modo en que este contenido se dispone. Esta estrategia se basa en dos supuestos previos: en primer lugar, se considera que el obrero no es capaz de consumir productos sofisticados, y que por lo tanto se le debe facilitar la tarea de lectura; y, por otro lado “esta literatura está hecha para que nadie pase de cierto nivel de lectura” (p. 179). Para alguien con una profunda preocupación por el ámbito escolar como Hoggart, esta circunstancia no puede sino ser vista como un signo negativo: la paulatina capacidad de lectura de la clase obrera,

favorecida y fomentada por los mismos medios de comunicación, producirá, en un futuro, una clase moldeada según los parámetros que el mercado considera útiles para su propio beneficio. En cuanto al papel de la publicidad, es bastante similar al de la prensa escrita, en tanto funciona según la lógica del rédito mercantil y promueve valores asociados al sensacionalismo, la búsqueda individual del placer y el hedonismo.

Sin embargo, lo interesante del planteo radica en la observación de que, por más que las tendencias de la prensa y la publicidad vayan dirigidas en la dirección que acabamos de señalar, la clase obrera aún conserva cierta independencia respecto de estos productos, y no los asimila de un modo tan mecánico o lineal como podríamos imaginar. Es así que “si millones de personas se sienten conmovidas por las revistas que hemos descrito, hay que recordar que las leen a su manera” (p. 200). Esta grieta que se abre al pensar la posibilidad de múltiples lecturas, será retomada, más tarde, por muchos otros teóricos que también pueden incluirse en la corriente de EE.CC.⁷ y que han focalizado sus análisis en los modos en que los sujetos siempre renuevan sus capacidades de ir a contrapelo respecto de los sentidos que un texto propone, habilitando y creando estrategias de lectura contrahegemónicas, que no necesariamente son las previstas por el texto.

Otro factor que, según Hoggart, permite menguar los efectos de las publicaciones masivas es que, en la clase obrera, la lectura no ha tenido nunca un lugar central y, por lo tanto, se la utiliza más como un instrumento o una herramienta que como un valor en sí mismo. Por ello, “esta asimilación parcial, llevada a las publicaciones de gran difusión, contribuye en gran medida a esterilizar los aspectos más virulentos del mensaje” (p. 207). Es así que los sectores populares, en su conjunto, se encontrarían menos influenciados por los efectos de la masificación cultural que lo que podría suponerse en una primera instancia, haciendo un análisis superficial de los consumos, las actitudes y los modos de vida de estos sectores. Sin embargo, y como retomaremos al final de este trabajo, veremos de qué modo esta nueva situación que describe y explica Hoggart tiene el propósito de funcionar como un llamado de atención frente a lo que vendrá.

Ubicación del libro dentro de la trayectoria del autor y de la genealogía a la que pertenece.

Generalmente se ubica a *The uses...* como una de las primeras publicaciones que dieron marco a los EE.CC. Sin embargo, si indagamos en la trayectoria del autor observamos cómo este libro es la consecuencia de su recorrido intelectual; es decir, que más que como un punto de partida, podría ser interpretado como un punto de llegada. Williams, en una suerte de balance de los EE.CC., comenta:

En ocasiones leí relatos sobre la evolución de “Estudios Culturales” que de manera característica fechan sus diversos desarrollos a partir de los *textos*. Todos conocemos las descripciones que alinearán y fecharán *The Uses of Literacy, The Making of the English Working Class, Culture and Society*, etcétera. Pero, de hecho, ya a fines de los años cuarenta, y con algunos precedentes –aunque fueron principalmente en ciencias económicas y asuntos exteriores– incluso en los años treinta, “Estudios Culturales” tenía una actividad extrema en educación para adultos. Recién pasó al texto impreso y ganó cierto reconocimiento intelectual general con los libros posteriores. (1997: 190).

Las influencias teóricas de Hoggart se encuentran directamente relacionadas con la trayectoria de Frank Raymond Leavis –ambos con formación en Literatura– y con la revista *Scrutiny*⁸. Uno de los libros representativos de Leavis es *Mass Civilization and Minority Culture* (1930), donde advierte que la cultura letrada se encuentra acorralada por la cultura masiva. En este sentido, es que propone que la enseñanza de la literatura se incorpore a la educación con el objetivo de contraponerse a la cultura masiva. Por lo general, “su crítica cultural lamentaba la destrucción de la “comunidad orgánica” rural en Inglaterra, cuyos valores sobrevivían solo en la tradición literaria” (Baldick: 2002: 430). Por lo mencionado, algunas de las críticas que se le realizan al fundador de la revista se encuentran relacionadas con su conservadurismo nostálgico; de aquí la distancia y diferencias con los padres fundadores de los EE.CC.

La trayectoria que realiza Hoggart se desplaza desde una disciplina legitimada como la Literatura, hacia temas “ilegítimos” como, por ejemplo, la preocupación por las prácticas culturales de la clase obrera y la cultura de masas. Su experiencia en educación de adultos en estudios literarios en la WEA (Workers’ Educational Association – Asociación Educativa de los Trabajadores) permitió no sólo poner en

discusión lo leído sino hacerlo en un contexto en el cual la experiencia de vida de los sujetos ponía de manifiesto cuestiones que los sistemas educativos tradicionales dejaban a un lado. En este sentido, y en relación con sus orígenes, es que encuentra en la educación una de las maneras de revertir las condiciones de existencia. El impulso inicial que llevó adelante Hoggart, junto con Williams y tantos otros, estuvo en vinculación con la reivindicación de la cultura popular frente a la cultura de elite: sus propósitos se inscribían en un proyecto político superador que tenía como horizonte cambiar las relaciones sociales capitalistas. Podríamos afirmar entonces, que la trayectoria del autor se relaciona con la figura de un *intelectual comprometido* social y políticamente.

En una entrevista realizada por Beatriz Sarlo a Williams y Hoggart para la revista *Punto de Vista*⁹, éste contextualiza su propia historia intelectual:

Mi primer libro fue sobre W. H. Auden. Y no era un mal libro. Tuve suerte de poder escribir siendo yo tan joven. Me fue posible porque empecé a escribirlo inmediatamente después de la guerra y dos departamentos universitarios de inglés estaban atravesando una situación especial. Me gané cierta agradable reputación y comencé a ser considerado como alguien que podía merecer ciertos ascensos. (1979: 18).

En ese mismo sentido y en relación con *The uses...* afirma, “se me aconsejó que no lo publicara, que arruinaría mi carrera como profesor. Lo publiqué pero, a decir verdad, con la duda rodeándolo. El libro sobrevivió y, con una o dos excepciones, los antropólogos y los sociólogos lo recogieron con hospitalidad” (p. 18). Esta anécdota ilustra cómo a nivel de política editorial Hoggart marcó una nueva tendencia.

Si trazamos un recorrido por la historia de los EE.CC, cuestión que ya han abordado diversos autores (Muñoz: 2009, Mattelart y Neveu: 2002, entre otros), existe un consenso generalizado en ubicar a *The uses...* con el momento de la institucionalización de los EE.CC. Mattelart y Neveu explican las tácticas que debió desarrollar Hoggart para otorgar prestigio y legitimidad al CCCS: una de ellas “consistió en integrar en los jurados de examen de las asignaturas de los *Cultural Studies* a los colegas de literatura conocidos por ser malintencionados, con el propósito de que la seriedad de la formación quedara patente a los ojos de la comunidad académica” (p. 34).

The uses... tiene un formato ensayístico y autobiográfico, lo cual no es un dato menor. Precisamente Hoggart procede de una familia obrera y el mismo origen del autor tiene consecuencias en su escrito. Así lo expresa en el libro:

Yo pertenezco a la clase obrera, y en la actualidad me siento a la vez cercano a ella y alejado de ella. Dentro de unos años, quizá esta ambivalencia ya no me resulte tan obvia, pero sin duda afectará lo que diga. Mi origen social me ayuda a plasmar los sentimientos de la clase obrera y a no caer en algunos de los lugares comunes en los que suele caer un extraño. (pp. 28 -29).

En un sentido similar, en el apartado “El becario” del capítulo “Desarraigados e inadaptados”, sintetiza la tensión en la que se encuentra: “me resulta muy difícil escribir este capítulo. Sé que corro el riesgo de darle una importancia indebida al fenómeno patológico que tomo como objeto de estudio” (p. 242).

Por otro lado, el libro ha sido rescatado en los balances y reflexiones sobre los EE.CC. como un incipiente antecedente de los estudios en recepción o en etnografía de audiencias; perspectiva teórica que predomina en la segunda generación de culturalistas¹⁰ Al respecto, Mattleart y Neveu expresan:

Basta con remitirse al anterior corpus de trabajos de los investigadores de Birmingham para evaluar en qué medida la reivindicación de un “giro” depende más de un golpe de mano que una descripción creíble de las evoluciones. Los estudios de Richard Hoggart sobre las culturas populares implicaban, a partir de 1957, una manifiesta predisposición etnográfica (2004: 80).

Esta aproximación a la clase obrera entre intuitiva y personal será retomada, años más tarde, como condición de producción de investigaciones que focalizan su interés en las prácticas y consumos de los sectores más vulnerados.

Importancia histórica del libro, vigencia actual.

Ya hemos afirmado que *The uses...* constituye una obra clave, un pilar fundamental para entender la institucionalización de los EE.CC. británicos, y que Hoggart representa, con justicia, el papel de “padre fundador” de esta corriente. Ahora bien, si intentáramos

pensar cuáles son los motivos que, casi 60 años después de su publicación, nos llevan a retomar una y otra vez su obra central, podríamos esbozar algunas conjeturas posibles.

En primer lugar, las temáticas y los problemas abordados son de una vigencia llamativa, por cuanto el rol que han ido ocupando los medios masivos de comunicación en nuestras sociedades ha sido cada vez mayor, transformándolas de un modo tal que años atrás hubiera sido impensable. Por otra parte, lo interesante de *The uses...* radica en el análisis específico que se realiza entre los efectos de la masificación cultural y el papel que la juventud juega en estos procesos. La inclusión de este nuevo sector social (“los jóvenes”) se hallaba, al menos en 1957, como un grupo incipiente a ser indagado¹¹. El aporte de Hoggart reside precisamente en que fue uno de los primeros que comenzó a pensar cómo las nuevas generaciones se relacionan con la cultura masiva. Esto promovió un giro teórico y metodológico de trascendencia: las posteriores investigaciones dentro de los EE.CC. que focalizaron en la temática de las Subculturas Juveniles tienen como antecedente directo a las pioneras reflexiones vertidas en *The uses...*¹²

Otro punto fundamental por el que consideramos que la obra de Hoggart goza de una vigencia indiscutible, es aquel ligado a las consecuencias que ha acarreado en diversos ámbitos, superando incluso el contexto más inmediato de la Inglaterra en la que escribía el autor. En el caso particular de América Latina, la influencia de este intelectual (junto con la insoslayable presencia de Williams) ha sido considerable, y ha formado toda una generación de teóricos que, desde este sub-continente, se han dedicado a hacer EE.CC., alentados, quizás, por la nueva legitimidad que iban adquiriendo, en la academia, ciertos temas, antes relegados¹³. Si bien existe una corriente teórica culturalista norteamericana con características propias y específicas, el rol que han jugado los EE.CC. británicos ha tenido mayor trascendencia que éstos en América Latina¹⁴ y ha formado académicos y escuelas de pensamiento (pensamos en los casos de Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero y Beatriz Sarlo, por citar sólo algunos nombres). Por su parte Sarlo, a través de *Punto de vista*, colaboró en la difusión teórica de los padres fundadores. Así lo expresa en la presentación de las entrevistas realizada a los autores:

Cuando grabamos, los escuchamos y preparamos su edición, esa pregunta (¿cómo leerlos?) se planteó varias veces. Prácticamente desconocidos en la Argentina, ni

Hoggart ni Williams –dos figuras de primera línea del campo intelectual inglés– decían cosas que permitiera asimilarlos, hacerles adoptar in aire de familia (y, en consecuencia, tranquilizante), a las tendencias que prevalecen en la crítica literaria y cultural. (p. 9).

Creemos, entonces, que la relevancia del libro reside en diversos aspectos. Desde una perspectiva pedagógica sería inviable trabajar sobre los EE.CC. sin dar cuenta de una de las primeras publicaciones que sintetiza los ejes más destacados de la primera generación, y que permite iluminar de qué modo se estaba pensando la tensión entre la cultura masiva y la cultura popular. El libro anticipa preocupaciones y temáticas luego devenidas en objetos de estudio. En estos momentos de *estanflación*¹⁵ académica, en donde abundan los artículos, reseñas y ensayos sobre los EE.CC., en muchas ocasiones *The uses...* aparece como cita obligada. Por ello, una lectura de primera fuente de la obra permite contrastar cuál ha sido la trayectoria teórica, metodológica y analítica de los EE.CC. desde sus comienzos a la actualidad.

Tesis y evaluación personal sobre el libro

Quizás por las características del libro y por su interés en la reconstrucción de los *modos de ser* de la clase obrera, uno de los riesgos que podría correrse es el de hacer lecturas superficiales, que sólo tengan por objetivo reconstruir histórica y contextualmente las actitudes y formas de vida de esta clase, dejando así de lado las implicancias sociológicas y políticas que *The uses...* contempla. Nos referimos específicamente a lo que, según nuestro juicio, constituye el mayor mérito de esta obra: la presencia constante de una mirada crítica y analítica, que busca alejarse de perspectivas que folclorizan a los sectores populares y sólo observan resistencia allí donde también existe sumisión. Así, si bien rescata ciertos valores positivos practicados por esta clase social, tampoco deja de señalar cuáles son sus falencias, sus defectos, sus posibles complicidades con el poder y su escasa participación en el terreno de la política.

La postura de Hoggart, algo teñida de cierta desazón frente al futuro, no abandona en ninguna instancia la consigna que guía todo el libro y que también, como hemos anticipado, ha orientado su propia trayectoria como intelectual; esto es, contribuir a analizar críticamente a la clase obrera, dotándola además de herramientas que le permitan asumir cuál es el papel que habrá de desempeñar, en tanto sujeto político, para modificar las condiciones en las que vive. Ahora bien, el terreno fundamental en donde

esta batalla deberá ser librada es en el de la educación: “la democratización relativa de la enseñanza ha tenido como consecuencia que se despoje a la clase obrera de sus elementos más críticos y más activos, en el momento mismo en que esta clase tiene la mayor necesidad de espíritu crítico para defenderse contra las influencias de la prensa” (pp. 274-275). Así, ocurre que “la clase obrera que aspira a una mejor educación no tiene a su disposición una literatura y una prensa que respondan racionalmente a su proyecto” (p. 279).

Decíamos entonces que su diagnóstico, permeado de cierto pesimismo, no cierra las puertas hacia la confianza en la labor que los sectores populares podrán realizar a futuro. Dichos sectores, sumidos en un *nuevo analfabetismo*¹⁶ producido por la industria cultural y sus productos, están aún a tiempo de revertir la situación en la que se encuentran. Es a partir de la construcción de una *nueva alfabetización* desde donde se despliega el campo de acción hacia el futuro. No casualmente, este llamado imperioso a actuar desde el terreno de la educación remite inevitablemente hacia un retorno a los orígenes que impulsaron el nacimiento de los EE.CC. y que se relacionan con el imprescindible rol que debe desempeñar la escuela en la toma de conciencia a fin de lograr que los sectores populares estén en mejores condiciones de problematizar el lugar que ocupan como sujetos de acción, como sujetos políticos.

Por otra parte, la idea de esta *nueva alfabetización* nos conduce a reflexionar sobre el título del libro: si *The uses of literacy* podría ser traducido más o menos literalmente como *Los usos de la alfabetización*, es aquí donde descubrimos el sentido mismo de la obra y cuáles son sus preocupaciones fundamentales¹⁷. Si bien la cuestión específica de la alfabetización no se encuentra problematizada al comienzo del libro, sí es retomada en las conclusiones, en las que Hoggart enfatiza su postura, haciendo un claro llamado a dirigir la mirada hacia este frente y combatir lo que puede llegar a avecinarse como un panorama futuro sombrío.

Una de las críticas centrales que se han realizado a los EE.CC., tomándolos en su conjunto, es la de haber recaído con demasiada frecuencia en análisis meramente superestructurales, olvidando las condiciones materiales en las que se desarrolla una determinada cultura¹⁸. Si bien la crítica resulta válida en muchos casos¹⁹, no creemos sea aplicable a *The uses...* por cuanto una de las preocupaciones centrales del libro

radica en el estudio y la problematización de los determinantes económicos que afectan a los sectores populares. De hecho, una de las tensiones principales que atraviesan la obra es aquella que remite al juego entre “superación material y pérdida cultural” (p. 280) según la cual “los obstáculos económicos casi han desaparecido, pero ahora los obreros tienen que superar otros obstáculos: las actitudes que suscita el consumo de productos de la literatura comercial” (p. 278). Es por ello que al autor le preocupa la paulatina conformación de una “nueva sociedad sin clases” pero no en el sentido que el marxismo ha otorgado a esta idea, sino remitiendo a una igualación cultural (con sesgo peyorativo, lógicamente) promovida por los efectos estandarizantes y homogeneizadores de la industria cultural. Una sociedad sin clases, desde esta perspectiva, estaría indicando una sociedad despoltizada, des-diferenciada. Por ello es que “aquella genuina cultura de clase se está desgastando a favor de la opinión de masas, de la diversión de masas y de una respuesta emocional generalizada. (...) Así, las viejas formas de cultura de clase corren el riesgo de ser sustituidas por esta cultura sin clase, que preferiría llamar ‘una cultura sin rostro’”. (p. 280).

Estas líneas, con las que el libro concluye, nos interpelan para pensar qué ha ocurrido desde 1957 hasta nuestros días, qué cambios han experimentado las sociedades en que vivimos. Ciertamente, el panorama ha sido mucho más desalentador que lo que el propio autor vecinaba, en el sentido de que al menos aquel momento en el que escribía Hoggart, podía reconocer que ciertos obstáculos económicos se encontraban parcialmente resueltos. Consideramos que estas condiciones económicas básicas, cuya satisfacción resulta indispensable para poder pensar en cualquier posibilidad de transformación social, son precisamente aquello que se ha ido deteriorando (basta repasar las medidas de los gobiernos neoliberales de los '80, como el de Thatcher o Reagan). Y no casual, el fin del Estado de Bienestar coincide en el mismo momento en el que los EE.CC. se iban alejando de los postulados de sus padres fundadores.

Con todo esto queremos recalcar que Hoggart escribió en un momento de cierta recuperación económica y por ello es que pudo ocuparse por analizar el terreno de la cultura y poner su acento allí. Pensando en una situación imaginaria e hipotética podríamos intentar suponer cuáles serían las reflexiones del autor si tuviese como horizonte de análisis a la actual realidad social. Quizás una coyuntural y parcial respuesta a este interrogante nos permitiría recordar las bases y el proyecto político que

dieron origen y guiaron la tarea de Richard Hoggart, y con él, la de toda una generación de EE.CC.

Bibliografía

Baldick, Chris, "Leavis, Frank Raymond (1895-1978)", en Payne, Michael (comp.), *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Bourdieu, Pierre, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1988.

García Canclini, Néstor, "El malestar de los estudios culturales", en revista *Fractal* N° 6, julio – septiembre 1997.

Garnham, Nicholas, "Economía política y estudios culturales: ¿reconciliación o divorcio?", en Revista *Causas y Azares*, N° 6, Buenos Aires, 1996.

Gilligan, Tara G., "Scrutiny", en Payne, Michael (comp.), *Diccionario de Teoría Crítica y Estudios Culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

Grossberg, Lawrence, "Estudios culturales vs. Economía política: ¿quién más está aburrido con este debate?", en Revista *Causas y Azares*, N° 6, Buenos Aires, 1996.

Hall, Stuart (1973) "Encodificar/decodificar", en *Teorías de la Comunicación*, Buenos Aires, Fundación Hernandarias, 1994.

Hall, Stuart, "Estudios culturales: dos paradigmas", revista *Causas y Azares* N° 1, Buenos Aires, 1994.

Hall, Stuart, et. al. (1975), "Subcultura, culturas y clase" en Pérez Islas, Valdez González y Suárez Zozoya en *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México, UNAM-CIIJ - Porrúa, 2008.

Mattelart, Armand y Neveu, Erik, *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona, Paidós, 2004.

Mattelart, Armand y Neveu, Erik, *Los Cultural Studies. Hacia una domesticación del pensamiento salvaje*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 2002.

Morley, David, *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

Muñoz, Blanca, *La Escuela de Birmingham: la sintaxis de la cotidianidad como producción social de la conciencia*, Mimeo, 2009.

Murdock, Graham, "Comentarios de base. Las condiciones de la práctica cultural", en *Economía política y Estudios culturales*, Barcelona, Bosch, 1998.

Sarlo, Beatriz, entrevistas a “Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad”, en revista *Punto de Vista* N° 6, julio de 1979. pp 9 -18.

Williams, Raymond, “El futuro de los estudios culturales”, en *La política de la modernidad*, Buenos Aires, Manantial, 1997.

Yúdice, George, “Contrapunteo estadounidense/ latinoamericano de los Estudios culturales”, en Mato, D. (comp.), *Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, Clacso, 2002.

¹ Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA - Universidad de Buenos Aires, Argentina), posee beca doctoral otorgada por el CONICET y actualmente realiza la Maestría en Comunicación y Cultura (UBA). Se desempeña como investigadora de Apoyo del Proyecto UBACyT S 080 “La comunicación alternativa 2001-2007”, (FSOC, UBA) y es docente de la materia “Teorías y Prácticas de la Comunicación II”, de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA). yaheram@yahoo.com.ar

² Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA - Universidad de Buenos Aires, Argentina), posee beca doctoral otorgada por el CONICET y actualmente realiza la Maestría en Comunicación y Cultura (UBA). Se desempeña como investigadora de Apoyo del Proyecto UBACyT F-110 “*Lugares y políticas de memoria. Acontecimientos, sujetos e instituciones (1955 - 2007)*” (FFyL, UBA) y es docente de la materia “Teorías y Prácticas de la Comunicación II”, de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA). ceciliapalacios@gmail.com

³ Las reflexiones vertidas en este trabajo están relacionadas con la inserción académica de las autoras como docentes en la materia “Teorías y Prácticas de la Comunicación II” (F. Soc. – UBA), ya que durante el año 2010 se dictó un programa específico sobre los EE.CC.

⁴ “No es fácil distinguir a los trabajadores del resto por la cantidad de dinero que ganan, ya que hay una enorme variación de jornales en la clase obrera. Muchos de los trabajadores del acero, por ejemplo, pertenecen a la clase obrera, pero ganan más que algunos maestros de escuela que no son de clase obrera”. (p. 31).

⁵ Al respecto, resulta interesante comparar este planteo con el concepto de *habitus* que propone Pierre Bourdieu y al que define como “un sistema de disposiciones durables y transferibles -estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir”. (1988: 54).

⁶ Dirá Hoggart que “la crítica más enfática en contra de las modernas diversiones de masas no es tanto que degradan el gusto (la degradación puede ser activa), sino que lo exacerban, lo embotan y, eventualmente, lo aniquilan; lo ‘enervan’, más que ‘corromperlo’”. (p. 175).

⁷ Pensamos, por ejemplo, en el trabajo de Stuart Hall ([1973] 1994), “Encodificar / Decodificar” en donde el autor sugiere la posibilidad de tres tipos de lecturas frente a los mensajes televisivos: la hegemónica, la negociada y la oposicional. En los años ’80, este esquema ha servido de base para muchas investigaciones posteriores, sobre todo en los así llamados “Estudios de Etnografía de Audiencias” (Cfr. Morley, 1996).

⁸ Fundada en 1932 por el mismo Leavis, deja de publicarse en 1953. La revista representa al movimiento leavisiano, por ende, en cuanto a su perspectiva: “su enfoque era radical; la literatura representaba para ellos el medio para conservar la sociedad cultural y moral británica” (Gilligan: 2002: 581).

⁹ Un grupo de intelectuales integrado por Carlos Altamirano, Ricardo Piglia, Elías Semán y la propia Sarlo, dan inicio a la revista con la intención de generar un espacio de discusión y reflexión sobre los vínculos entre la cultura, la literatura y la sociedad. *Punto de Vista* circuló entre 1978- 2008.

¹⁰ A quienes suele ubicarse luego de la década de 1980, y cuyos exponentes más notorios serían David Morley, Ien Ang, Janice Radway, entre otros. (Cfr. Mattelart y Neveu, 2002 y 2004; Muñoz, 2009).

¹¹ “El término “juventud” apareció como una categoría emergente en la Gran Bretaña de la posguerra: una de las más apabullantes y visibles manifestaciones del cambio social en este periodo” (Hall, et al: [1975] 2008: 271).

¹² Cabe aclarar que, desde otra perspectiva teórica y por el mismo momento, en Estados Unidos la Escuela de Chicago realizaba investigaciones sobre pandillas juveniles.

¹³ Básicamente, pensamos en la reivindicación de lo popular y sus modos de vida, que acaso por primera vez adquiriría un estatuto epistemológico propio. También, y con posterioridad, han surgido temas tales como la raza, el género, la etnia y las juventudes, que no están exentos de las problemáticas latinoamericanas.

¹⁴ Cfr. Yúdice, 2002.

¹⁵ García Canclini (1997) utiliza este término para dar cuenta de la situación de “estancamiento con inflación” en la que actualmente se ve inmersa la producción académica culturalista.

¹⁶ “Es necesario inventar una nueva palabra para designar este nuevo analfabetismo, que tiende a expandir la mayoría de los productos de la industria cultural, no siempre con éxito, entre la clase obrera, ahora ya alfabetizada. El movimiento obrero luchó porque la educación fuese gratuita y obligatoria, pero el uso que han sido obligados a hacer de sus posibilidades de lectura les ha provocado una regresión cultural mucho mayor que la que existía cuando la mayoría no sabía leer”. (p. 275)

¹⁷ La traducción del título al castellano ha sido *La cultura obrera en la sociedad de masas*, al menos en la versión de referencia para este escrito. Consideramos que bajo esta traducción se pierde ya de antemano la hipótesis central que recorre el trabajo.

¹⁸ Cfr. Murdock, 1998; Garnham, 1996.

¹⁹ Sobre todo, pensamos en los trabajos de la así llamada “Segunda Generación” de EE.CC. (Cfr. Mattelart y Neveu, 2002 y 2004 y Muñoz, 2009)